



Nobleza callejera

Ramón Castillo

El marchista Raúl González de México en la prueba de los 50 kilómetros durante los Juegos Olímpicos de 1984. (Fotografía: Steve Powell/Getty Images)

*...me limité a mis pies,
a mi sentido del cansancio.*

FABIO MORÁBITO

EN LA INGLATERRA DE INICIOS DEL SIGLO XVIII, la palabra de origen latino *pedestrian* dejó de referirse únicamente a la persona que se desplaza servida de su natural sistema de locomoción. Abrazó un significado más y se convirtió en un calificativo para endilgar a las cosas que se considerasen de naturaleza llana y hasta vulgar. Dicha coincidencia, que también tiene lugar en el español, no se quedó ahí. El salto verbal dado por los ingleses incluyó otra variante. En aquella época, pedestre fue un vocablo que se comenzó a utilizar para referirse a algo que, a diferencia de la sofisticación de la poesía, estaba escrito en prosa y que, además, se abocaba a perorar sobre asuntos de naturaleza trivial. De esta manera, un texto que no estuviera conformado por la aritmética perfección del verso solía merecer el adjetivo de marras.

Así nació la afortunada y elocuente liga que hermana a la caminata con el acto de escribir, al tiempo que fincó la ascendencia británica sobre una peculiar variante del discurrir verbal, imaginativo y terrestre. Qué mejor ejemplo de prosa ambulatoria y mundana que el ensayo; y qué mejor escuela que la calle para ofrecer una saludable, así como nutrida cantidad de oportunidades para que los dos registros se avengan con fortuna. Deporte cuya nobleza radica en su indiferencia ante el mundo y la competencia, la caminata se ha caracterizado por ser literatura a ras de suelo. Dar pasos es un ejercicio que ensaya nuevos derroteros sobre la superficie del mundo. Así, ambas prácticas, la literaria y la andariega, refrendan su mutua cercanía, al tiempo que confirman que para ensayar es preciso tener propensión por la nimiedad de los objetos y sentir debilidad por un andar descuidado que juega con la hipnótica fascinación ante lo baladí.

Vagabundear entre avenidas e ideas es una imagen cuya atracción ha tendido puentes que facilitan el desplazamiento físico e imaginativo pero, especialmente, un pretexto perfecto para recorrer las anfractuosidades que ambos despliegues gimnásticos generan en sus aficionados. Caminar y escribir, verbos vitales y placenteros como sólo unos pocos, son motivados por inquietudes contingentes e inesperadas, lo que imprime a sus resultados las sugestivas marcas tanto de la coquetería como del capricho.

El afortunado cruce de caminos nos muestra, por un lado, el alma indomeñable del ensayo, su naturaleza amorfa, rebelde e inquieta; y por el otro, los rasgos más distintivos sobre la cercana relación que ha mantenido con el viejo oficio de callejear.

En este sentido, vale la pena echarle un ojo a *El arte del paseo inglés*, libro antologado por Luigi Amara, pues muestra un racimo de excursiones y digresiones en el que se presentan veredictos a favor y en contra de la caminata, puntos de vista que, siempre ingeniosos, abordan el tema no con el interés de zanjar una cuestión sino para celebrar el noble ejercicio, demostrando que en todo deambular, ya sea mental o escrito, la imaginación junto con una adecuada dosis de originalidad son las insignias que distinguen a un buen paseante.

Thomas de Quincey y William Hazlitt, autores que pueden considerarse padres de dos maneras distintas, aunque no necesariamente opuestas, de entender el hábito de la errancia son un pasaje indispensable si uno busca convertirse en un caminante de alcurnia literaria. Eminentemente ciudadano, De Quincey se pierde por los laberintos londinenses de la mano de un recuerdo, el de su querida Ann, pero también aprovecha el viaje para hacer explícita su afición por los influjos del opio, especialmente cuando se maridan con los rumbos y distancias de la capital inglesa. Hazlitt, en cambio, tal vez por su proclividad a la misantropía, abraza el paisaje abierto, pacífico y solitario del campo, rehuyendo el ajeteo y bullicio de la metrópoli. Enrique Vila-Matas, al recordar las páginas de éste, señala que su prosa nos contagia de esa respiración andante, cadenciosa, profundamente humana, distendida y luminosa que sólo el paseo puede imprimir en quien escribe y, por extensión, en quien lo lee. Fiel a su gusto por la pintura, Hazlitt plasma con énfasis las reverberaciones de la vegetación, las tonalidades del paisaje y la sucesión de emociones que el camino impregna en sus pensamientos, no sin advertir la añoranza implícita de todo viaje: abandonar la vida cotidiana y buscar nuestra callada desaparición.

Continuadores de ese debate cordial y lúdico entre la estirpe de los aplanadores de calles o los dibujantes del paisaje abierto, se suman Charles Dickens y Robert Louis Stevenson, ensayistas de pedestre nobleza, quienes prolongan el paseo desde flancos opuestos. Una vez más, entre la urbe y la naturaleza pareciera abrirse

una discusión en el que ningún espacio anula al otro, sin embargo, mediante sus respectivos defensores se favorecen los circunloquios que enaltecen, ante todo, la deriva sobre el trayecto unívoco. En este tenor, no podía faltar Virginia Woolf y su célebre cacería, entre avenidas e impresiones, en pos de un humilde lápiz. Mediante la lectura la acompañamos en un frío atardecer inglés, desde Bloomsbury y hasta las inmediaciones del río Támesis, con el fin de atestiguar un desfile de personajes que despiertan la tentativa de imaginar destinos azarosos y variopintos, acaso para escapar hacia otras vidas, acaso para perderse en otras mentes. La coincidencia nace de un ardor por evadir la línea recta y preferir, en su lugar, los giros de último momento, la improvisación pero, especialmente, la ociosidad. Así, la caminata se vuelve un recurso estético y vital, una manifestación de estilo propio, una suerte de expresión lúdica de nuestro albedrío.

Por otro lado, si de caminar se trata, mediante un copioso y ameno discurrir, Rebecca Solnit nos recuerda en su libro *Wanderlust. Una historia del caminar*, el poder simbólico de este acto. La resistencia que origina y, también, la cohesión que puede generar en quienes lo hacen juntos, conscientes del peso que su marcha tiene en el lenguaje social. En una época que utiliza con desparpajo términos como eficiencia y productividad, la caminata nos salva de las dinámicas de economía salvaje, recordándonos que su naturaleza es humilde, extravagante y autosuficiente. Su práctica cuestiona algunos de los imperativos con los que tenemos que lidiar de manera cotidiana, siendo el primero de ellos el de recordarnos que para caminar no debería de haber mayor motivo salvo el placer de hacerlo. No recurrimos a esta práctica con el fin de engrandecer el culto a la quema de calorías, ni competir contra otros o disminuir nuestra huella de carbono, se trata sólo de poner en marcha la maquinaria del pensar, el acto de reescribir la ciudad.

A diferencia de los deportes de alto rendimiento, profesionales y, por tanto, sometidos a estándares donde

el dinero y la publicidad definen la brillantez de una carrera, la caminata nos recuerda el poder del cuerpo y su libertad, la necesaria impudicia que hay que tener para preferir nuestros pies a cualquier otro modo de desplazamiento. Al andar definimos trayectos, pero también hay una integración con el ambiente, una vivencia real que no está sometida a las deformaciones y distanciamiento que imponen los medios de transporte. Al inclinarnos por este tipo de locomoción, apostamos también por una manera de vivir que desconfió de los horarios rígidos, de la velocidad a toda costa, del desplazamiento que niega el espacio que atraviesa. En su lugar, participamos de un acercamiento directo con la urbe, un movimiento en el que uno se apropia de las particularidades más inesperadas del camino y descubre en sí mismo el eco de los pasos de generaciones anteriores.

De esta manera, se hace aún más explícita la línea que comunica al ejercicio ensayístico con la aventura pedestre pues, a su manera, cada una de ellas nos muestra la necesidad de tantear rutas disconformes, alternativas e impensadas. Decía Balzac que al meditar en torno a ese acto elemental y primigenio que es el caminar, nos estamos aproximando a terrenos en los que todos los sistemas filosóficos, psicológicos y políticos convergen. Porque en ese trance, tan en apariencia simple, se han definido derroteros esenciales de la historia humana.

Nadie puede ser ajeno a la aventura de conocer el mundo mediante la suela de los zapatos, ya que en su práctica, por nimia que sea, regresamos al origen esencial de nuestro tránsito por este planeta. Sucede lo mismo con el ensayo, que no es otra cosa que salir a dar un paseo que, muchas de las veces, suele terminar en un hallazgo o una pérdida total del rumbo. Su aparente fruslería es la mascarada perfecta para rodear territorios diversos con total desenfado, celebrando el primordial empuje que alimenta el espíritu del curioso. En dicho apremio, Solnit señala que es preciso recobrar la intensidad que está de por medio al utilizar el cuerpo, la imaginación y la mente para evadir los páramos

que las ciudades y sus aparentes comodidades tienden alrededor de nosotros.

Leer libros sobre la caminata amerita que se les recorra varias veces, todavía más cuando son muestras rotundas de que el ensayo es un género que celebra con alegre impunidad su cualidad terrena, que nos enseña que si se busca delinear el horizonte de nuestra condición es preciso cruzar algunos charcos, desandar varias veces el camino y corregir constantemente el trayecto; en suma, que es un género que necesita algo de insensatez e irreverencia para hallar senderos insospechados pero, especialmente, para que cualquier ocasión sea favorable a nuevas andanzas.

Los textos consagrados a la vagancia comparten un gusto por expresar, desde la potestad de la independencia, su devoción por el extravío. Cada uno de ellos afirma que es preciso dar vuelta a las cosas, aventurarse sin prisa, no temer a lanzar afirmaciones lapidarias pero, a un tiempo, juguetonas, provocadoras o sugestivas. La táctica, simple tanto como eficaz, aunque mucho más difícil de lo que pudiera suponerse, consiste en evadir con gracia y suficiencia algunos de los tópicos más bruñidos a fuerza de repetición, con el propósito de señalar, con ademán insolente, la garbosa soberanía del paseo.

La escritura aparejada al desplazamiento suele ser jovial y variada, tal vez porque dicha correspondencia apela a una respiración distinta, a un estado en el que ser pedestre, con todas y cada una de sus definiciones, no es motivo de vergüenza, sino de contenida satisfacción. Todavía más cuando el verbo “flanear” en este país se cosecha a contracorriente de pasos a desnivel, ejes viales y ciudades que conspiran de manera grotesca para anular la independencia y el vagabundeo. Deambular es un ejercicio aristocrático, en tanto construye un linaje cuya secreta resistencia regala nuevas lecturas de la ciudad y de la literatura, también traza derroteros que invitan a redescubrir calles y recovecos y así devolver, aunque sea un poco, la dignidad al talante y figura del peatón. ■